

La tradición crítica en la investigación comunicológica: Aportaciones de la Economía Política de la Comunicación (EPC)¹

Autora: Carolina García Salas

Grupo de Estudios sobre Juventud. Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS)

El término *Teoría Crítica* fue acuñado por Max Horkheimer en 1937. Tal denominación respondía a la finalidad de distanciar su propuesta de los criterios y procedimientos de la llamada “teoría tradicional”, pues como afirmara su fundador, “el autoconocimiento del hombre en el presente no consiste, sin embargo, en la ciencia matemática de la naturaleza, que aparece como logos eterno, sino en la teoría crítica de la sociedad establecida, presidida por el interés de instaurar un estado de cosas racional” (2008: 231).

Los argumentos teóricos de la perspectiva crítica constituían una denuncia al saber tradicional, el cual contribuía con su supuesta neutralidad a la creciente funcionalización e instrumentalización de la razón, que no respondía únicamente a la supremacía del conocimiento sustentado en la técnica o en la comprobación matemática como procedimientos y/o instrumentos de probada efectividad en las ciencias naturales; sino también a la conformidad y aprobación de un modo de vida sujeto al deber ser que imponía la ideología burguesa.

Inmersas en la lógica del positivismo, las ciencias sociales asumían la realidad como un hecho inmutable; el científico burgués estudiaba su entorno como algo dado, que es y debe ser aceptado tal cual. Esta idea es negada en los presupuestos de la teoría crítica, en la que el análisis del orden social viene necesariamente acompañado de una propuesta científica de transformación, partiendo del reconocimiento del carácter cambiante de cada contexto y al hombre como resultado de un proceso histórico concreto que en su devenir va transformando tanto “la estructura social en su totalidad, como la relación del teórico con la sociedad. Se transforma el sujeto así como el papel del pensamiento” (Horkheimer, 2008: 243).

De ahí que la Teoría Crítica se constituyera entonces en una propuesta ética y renovadora, comprometida con un quehacer científico volcado hacia la acción social e inconforme ante las injusticias de un mundo dominado por el capital.

Las investigaciones inscritas en esta perspectiva crítica provenían en sus inicios de autores pertenecientes al Instituto de Investigación Social fundado en Alemania en los años treinta y reconocido comúnmente como “*Escuela de Frankfurt*”. Entre ellos destacan Max Horkheimer, Theodor Adorno, Herbert Marcuse, Leo Lowenthal y Jürgen Habermas, entre otros. Sus estudios se enfocaron en la investigación y análisis crítico de las formas de dominación social desde diversos campos entre los que destacaron la economía, la política, la cultura y la comunicación.

¹ Este artículo fue elaborado a partir de los resultados de la tesis de licenciatura de la autora: García, Carolina (2012): *Al centro de la mesa. Una aproximación a las condicionantes estructurales que intervienen en el proceso de gestión editorial del programa televisivo Mesa Redonda*. Tesis de Licenciatura en Periodismo. Universidad de La Habana, Cuba.

En el nuevo tipo de filosofía científica que proponían los representantes de la Escuela de Frankfurt se hizo indispensable la revisión epistemológica y crítica de las herencias teóricas de pensadores como I. Kant, F. Hegel, S. Freud, M. Weber y K. Marx. Sus aportaciones para la comprensión del papel del sujeto en la sociedad, de las características de la modernidad y del modo de producción capitalista y sus determinaciones e interrelación con los ámbitos políticos y culturales constituyeron puntos de partida, encuentro y desencuentro ya fuera con los frankfurtianos, como con sus seguidores y detractores. No obstante, dentro del entramado de corrientes de las que beben los autores de Frankfurt es evidente el apego y examen continuos a las propuestas teórico-metodológicas del pensamiento marxista. Horkheimer, por ejemplo, reconoce en la obra de Marx un auténtico modelo de teoría crítica, paradigma de sus posteriores contribuciones, consideradas y formuladas en continuidad con el pensamiento marxista.

Uno de los grandes logros de esta tradición de pensamiento crítico está justamente en el “intento de conectar la filosofía y las ciencias sociales empíricas, el que se concreta en un proyecto de investigación social interdisciplinar esforzado por la compenetración dialéctica entre teoría filosófica e investigación empírica, comúnmente conocido como *materialismo interdisciplinar*” (Zamora, s.f.: 3).

La búsqueda de una mirada integradora en las investigaciones sociales resulta un rasgo recurrente en las obras de los representantes de Frankfurt. Así lo demuestra el libro “Dialéctica del Iluminismo”, creación conjunta de Max Horkheimer y Theodor Adorno, reconocida como baluarte de la propuesta crítica de los frankfurtianos. Dicho ensayo es un intento por desenmascarar el proyecto ilustrado a partir de la demostración del fracaso de su promesa de emancipación desde distintas áreas.

La crítica a la instrumentalización de la razón a partir del reconocimiento de las relaciones de saber como relaciones de poder y la decadencia de una práctica científica que, según los autores, tiende a la sustitución del “concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad” (Adorno y Horkheimer, s.f.: 28), resulta punto de partida para un análisis de la sociedad moderna que da cuenta de la compleja relación entre las estructuras económicas, políticas y culturales.

En *Dialéctica del Iluminismo* Adorno introduce por primera vez el término “industria cultural”, el cual partía de una interesante reflexión respecto a las dinámicas de reproducción cultural, a través del modo industrial de producción. La imperceptible unión entre arte y tecnología se hacía valer a través de mecanismos como la división del trabajo, la serialización y estandarización de los productos artísticos, que abrían paso a la conformación de la “cultura de masas”, resultante del proceso de manipulación y “atrofia de la imaginación y de la espontaneidad del consumidor cultural contemporáneo” (Adorno y Horkheimer, s.f.: 30). El proceso de mercantilización de los productos culturales respondía sobre todo a las demandas económicas, a las leyes del capital y a la necesidad del control ideológico sobre la creación cultural.

Los medios de comunicación (la prensa impresa, la radio, el cine y la incipiente televisión) ya para entonces claros componentes de la industria cultural en tanto su funcionamiento estaba determinado por intereses comerciales e industriales, contribuían esencialmente a la decadencia de la

cultura, valiéndose de dispositivos como la publicidad para continuar experimentando con las necesidades del consumidor, “producirlas, guiarlas, disciplinarlas...” (Adorno y Horkheimer, s.f.: 40) Así construían al “hombre genérico”, víctima del irremediable proceso de homogeneización impuesto por la industria.²

Quizás el legado más valioso que nos deja la Escuela de Frankfurt reside en la polémica respecto a sus posturas frente al quehacer de las ciencias sociales. Sus representantes pusieron sobre el tapete temáticas que removieron no solo la agenda de los investigadores de su tiempo, sino también los presupuestos teóricos, instrumentos metodológicos y referentes éticos desde los cuales analizar la realidad social. Los continuadores y detractores de las propuestas frankfurtianas aportaron nuevas luces a la investigación científica a partir de la revisión crítica de la obra de sus principales exponentes.

Uno de los cuestionamientos, probablemente el menos contundente, considera insuficiente a la teoría crítica para el análisis de los problemas sociales en la actualidad, además de otorgarle un carácter “museal” a sus postulados, los cuales, según autores como Niklas Luhmann, deberían ser recordados por sus aportes académicos en un determinado contexto histórico pero no son suficientes para la investigación científica de la sociedad (Jokisch, 2001).

Entre las mayores revisiones a la teoría crítica se encuentra justamente la de uno de sus representantes: Jürgen Habermas. Discípulo de Horkheimer y Adorno, este investigador alemán parte del análisis de los principales textos de sus maestros y enriquece las propuestas de la Escuela de Frankfurt abogando por una “reconstrucción de la razón moderna desde la cual pueda seguir siendo viable el anhelo emancipador tan genuinamente característico del espíritu ilustrado” (Carretero, 2006: s.p.). Ello sin dejar de reconocer lo certero del discurso crítico respecto a la modernidad y el indiscutible fracaso de la razón mientras continúe funcionando según las lógicas positivistas.

Habermas considera pesimistas las posturas de los autores de la llamada primera generación de Frankfurt; su discurso científico se sustenta en el rescate del ideal emancipatorio moderno y en la creencia de una libertad posible desde las premisas de la razón ilustrada y su para nada desacertada idea de eliminar la dominación de los hombres a partir de la ruptura con las barreras de la ignorancia. La ciencia sigue siendo un instrumento de liberación, de ahí su propuesta de una *Teoría de la Acción Comunicativa*³ que fundamente una teoría crítica de la sociedad. Dicha formulación parte de que “la racionalidad comunicativa es también una actitud racional específica que los individuos adoptan hacia otros y hacia sí mismos como una actitud de reconocimiento mutuo” (Fernández, s.f.: 4). La acción comunicativa dependerá entonces del *consenso* logrado por la vía de la racionalidad, entendido como un proceso en el que:

² El concepto de industria cultural resulta uno de los más importantes aportes de la Teoría Crítica a las ciencias sociales. En su contribución al campo de la Comunicación nos detendremos más adelante.

³ Para más información sobre esta propuesta teórica se recomienda consultar el texto: Habermas, Jürgen (1989): *Teoría de la acción comunicativa. Complementos y estudios previos* Madrid, Cátedra.

“(…) distintos participantes superan la subjetividad inicial de sus concepciones y merced a la comunidad de convicciones racionalmente motivadas se aseguran simultáneamente de la unidad del mundo objetivo y de la intersubjetividad del plexo de vida social en que se mueven” (Habermas, 1989: 18).

La propuesta teórica de Habermas es también un llamado a la interdisciplinariedad en tanto es asumida por el propio autor como una crítica a “la orientación unilateral de la filosofía occidental”. A partir de su teoría de la acción comunicativa formula el estudio de las estructuras sociales desde una perspectiva filosófica que deviene “fundamentación metodológica de las Ciencias Sociales en una Teoría del Lenguaje”(Fernández, s.f.: 3).

Las críticas a los autores frankfurtianos consideran de manera general que sus postulados resultan “sombrios y poco alentadores”. Muchos de los cuestionamientos parten de la idea de que la Teoría Crítica termina cayendo en la trampa de la razón moderna en tanto sus fundamentos se esbozan utilizando los mismos resortes y métodos científicos de la ciencia tradicional. Sin embargo, Max Horkheimer parecía avizorar tales criterios, y quizá por ello aclara que la nueva propuesta teórica tiene mucho en común con las teorías tradicionales más progresistas: “el futuro de la humanidad depende hoy del comportamiento crítico que, claro está, encierra en sí elementos de las teorías tradicionales y de esta cultura decadente” (Horkheimer, 2008: 270).

No es menos cierto que aquella primera generación de la Escuela de Frankfurt compartió una visión un tanto pesimista respecto a las posibilidades de salida o superación del autodestruido proyecto iluminista moderno. En *Dialéctica de la Ilustración* Adorno y Horkheimer retratan a un sujeto subsumido en la cultura de masas que parece estar atado de pies y manos ante “el círculo de manipulación y de necesidad” que crea y reproduce la industria cultural, concepciones muy en consonancia con el rumbo de los estudios comunicológicos de la época y la todavía latente idea de la omnipotencia de los medios masivos y sus efectos en la audiencia. A los autores se les señala recurrentemente el análisis totalitario y absoluto de la realidad social y la no exploración de los matices contenidos en la propia razón moderna. Si bien son muy certeros dichos cuestionamientos resulta necesario aclarar que, respecto al fenómeno de la industria cultural, los autores no dejaron de reconocer lo heterogéneo de sus formas y mecanismos, incluso como resultado de una indiscutible necesidad de “reforzar y confirmar la validez del sistema” (Adorno y Horkheimer, s.f.: 32).

Algunos investigadores contemporáneos señalan que probablemente las limitaciones de sus propuestas en este sentido respondan a una formulación que se hace absoluta desde el propio planteamiento, desde el momento en que Adorno y Horkheimer parten de una definición de la industria cultural y no de las industrias culturales.⁴ Ello sumado, como se ha dicho anteriormente, a la idea de que las masas - “tienen lo que quieren y reclaman obstinadamente la ideología mediante la cual se las esclaviza” (Adorno y Horkheimer, s.f.: 35).

No obstante las limitaciones a las primeras obras inscritas en la Teoría Crítica, toda investigación en el área de las ciencias sociales percibirá un antes y un después de la Escuela de Frankfurt. La obra de muchos de sus representantes o colaboradores, desde Walter Benjamin hasta Marcuse o el

⁴ Ver texto de *Armand Mattelart y Jean Marie Piemme*: « Industria(s) Cultural(es). Génesis de una idea ».

propio Habermas, da cuenta de la diversidad y complejidad de sus postulados, de la heterogeneidad que caracteriza a una tradición que está marcada por la no conformidad con el estado inamovible de las cosas, con una ciencia que no es capaz de cuestionarse constantemente su realidad.

Bajo el paraguas de la Teoría Crítica confluyen un sinnúmero de corrientes de pensamiento, escuelas, disciplinas y autores con distintos objetos de estudio, posturas y maneras de asumir la investigación científica. Y a estos los une un fin común: el análisis crítico de la sociedad.

En el caso de las investigaciones comunicológicas, la conjunción cultura, economía, política y comunicación, sus manifestaciones e interrelaciones en la sociedad, quizá sea el factor común de la perspectiva crítica. Los criterios de varios investigadores del campo convergen en que la noción de Teoría Crítica se asocia frecuentemente con un doble significado:

Al legado de la Escuela de Frankfurt al estudio de la Comunicación, a la naturaleza de la crítica autoconsciente en investigación comunicativa y la necesidad de desarrollar un discurso consciente de transformación y emancipación no aferrado dogmáticamente a sus propias suposiciones doctrinales (Barranquero, 2005: s.p.).

Ambas concepciones son un hecho irrefutable para la investigación científica en el campo de la Comunicación. La primera se esclarece de esta forma: “Para quienes se ocupan de la fundamentación teórica de las Comunicaciones, Frankfurt es una obligada estación de tránsito y reflexión. A sus principales autores debemos, sépase o no, casi todos los argumentos críticos que hoy pasan por lugares comunes” (Pasquali, s.f. c.p. Barranquero, 2005). La segunda idea se entenderá cuando analicemos algunas de las teorías comunicativas que, aparecidas desde los años treinta se inscriben en dicha tradición crítica: Escuela de Frankfurt; Teoría posmarxista o neomarxismo; Estructuralismo; Post- estructuralismo; Estudios culturales; y Escuela (Crítica) Latinoamericana de la Comunicación.

Por sus aportaciones teórico-metodológicas y por las implicaciones en la mirada a los procesos comunicativos y sus relaciones con la cultura, adquieren significativa relevancia en el campo de la Comunicación los Estudios Culturales (o Cultural Studies, distinción que se refiere a la tradición británica, fundamentalmente).

La institucionalización de los Cultural Studies data de principios de los años 60, a partir de la creación del Centre of Contemporary Cultural Studies (CCCS). Los primeros exponentes de esta área se caracterizaron por poseer una formación profesional apegada a la literatura, rasgo que particularizó las investigaciones, además de su condición de académicos o intelectuales de origen popular, dada la clase social de la que provenían (Mattelart y Neveu, s.f.).

Raymond Williams, Richard Hoggart, Edward P. Thompson, Stuart Hall, entre otros, se encuentran entre los más destacados representantes de dicha escuela. El CCCS de Birmingham tuvo como objeto de estudio: “las formas, las prácticas y las instituciones culturales, así como sus relaciones con la sociedad y el cambio social” (Mattelart y Neveu, s.f.: s.p.). Sus investigaciones, como es el caso de las de Hoggart, lograron romper con el discurso crítico dominante, heredero de la tradición frankfurtiana, que se sustentaba en la (des)legitimación de una cultura de masas que homogeneizaba, moldeaba y manipulaba a los

hombres a través de la industria cultural y sus componentes, especialmente los medios de comunicación.

Los Cultural Studies, a partir del análisis de las culturas populares y de la comprensión de los procesos comunicativos desde los propios sujetos y los escenarios culturales en los que nacían y se desarrollaban, demuestran que la resistencia al orden cultural industrial es también un rasgo distintivo de la comunicación y de la cultura en la sociedad capitalista, y advierten que resulta imposible abstraer la cultura de las relaciones de poder y de las estrategias de cambio social (Mattelart y Neveu, s.f.).

Además de la investigación sobre las culturas populares y los medios de comunicación social, en el CCCS se desarrolló por primera vez una serie de temáticas vinculadas con las identidades sexuales y étnicas, lo cual marcó el carácter heterogéneo de sus investigaciones, procedimientos y referentes teóricos, entre los que destacó su apego a la ideología marxista y a la semiología.

Clase, ideología y hegemonía son tres de las más importantes categorías por las que transitaban los autores de la también conocida como Escuela de Birmingham. Las reflexiones sobre estas temáticas -que respondían igualmente a su apego a la tradición marxista y su referido propósito de desarrollar aquellas miradas ausentes o poco ampliadas en la obra de Marx- estuvieron a cargo principalmente de Williams y Thompson (Mangone, Méndez y Mestman, 1994). El poder, “en términos de construcción de hegemonía” resultó otro de los puntos clave en la agenda de los Cultural Studies, y de este tipo de análisis se desprende una de las temáticas más importantes e influyentes de esta tradición: los estudios feministas, a los que luego se sumarán las problemáticas de género y raza.

Por la variedad de sus investigaciones y los significativos aportes de su obra a los Cultural Studies, Raymond Williams es reconocido comúnmente como el más prolífero de sus representantes. En sus textos se demuestra la preocupación del autor por las relaciones “cultura y sociedad”, llegándosele a considerar, de hecho, el fundador de esta tradición; además, rompe con los habituales enfoques respecto al análisis de la cultura, representados sobre todo en términos de “debate cultural”, el cual rechaza la asumida diferenciación entre la alta y la baja cultura (Hall, s.f.). De igual forma, Williams realiza una revisión crítica de la obra de Althusser y problematiza sobre la distinción infraestructura/superestructura, lo cual evidencia lo heterogéneo del espectro teórico por el que transitó dicho autor (Mangone, Méndez y Mestman, 1994).

Una de sus obras paradigmáticas es *Television, Technology and Cultural Form*, texto imprescindible para cualquier análisis del medio televisivo en tanto propone un entendimiento de este más que como lenguaje o formato tecnológico, como una fusión de prácticas culturales, determinadas por los contextos sociales y por otras estructuras institucionales de referencia. Como el propio Williams analiza:

Las cualidades y recursos técnicos de la televisión están culturalmente determinadas, por lo que más que cualidades meramente técnicas son formas culturales a partir de las cuales se realizan asociaciones y efectos específicos en el lenguaje televisivo, dando por resultado un discurso electrónico particular (Williams, 1975 c.p. Aguaded, s.f.: 658).

En la segunda mitad de la década de los sesenta, cuando la investigación francesa sólo se interesa por el estructuralismo y se encierra en los análisis de textos, en los que se olvida tanto al emisor como al receptor, los investigadores de Birmingham elaboran un acercamiento distinto al tema, con lo que intentan una triple superación: la de un estructuralismo que queda circunscrito a herméticos ejercicios de desciframiento de textos; la de las versiones mecanicistas, vía Gramsci, de la ideología en el marxismo; y la de la sociología funcionalista norteamericana de los medios de comunicación social (Mattelart y Neveu, s.f.: s.p.).

El interés en y las revisiones críticas al estructuralismo, sumados a la importancia creciente que iban adquiriendo para los Cultural Studies los medios de comunicación masiva, devino gancho para el intercambio entre los representantes de Birmingham y la French Theory. El apego a la semiología se produce justamente por el análisis de la obra de autores como Barthes.

Los Cultural Studies tuvieron también una importante representación en las investigaciones norteamericanas, algunos autores señalan que aunque es difícilmente comprobable una relación directa entre estos y la herencia teórica de los frankfurtianos, el hecho de que varios de los representantes de la Escuela se hayan exiliado en Estados Unidos, desde donde desarrollaron y publicaron varias de sus obras, puede haber influenciado la apuesta de varios norteamericanos a los Cultural Studies.

Los "Estudios Culturales en su versión norteamericana", como también se les reconoce, tuvieron entre sus figuras centrales a Fredric Jameson, Donna Haraway y Lawrence Grossberg.

En Estados Unidos, los cultural studies modificaron significativamente el análisis de los discursos, dentro del territorio humanístico, pero son escasas las investigaciones empíricas: en esa especie de enciclopedia de esta corriente que es el libro coordinado por Lawrence Grossberg, Any Nelson y Pamela Treichler, no se encuentra a lo largo de sus 800 páginas casi ningún dato duro, gráficas, muy pocos materiales empíricos, pese a que varios textos hablan de la comunicación, el consumo y la mercantilización de la cultura. De sus cuarenta artículos ni uno está dedicado a la economía de la cultura. Ante tales carencias es comprensible que muchos científicos sociales desconfíen de este tipo de análisis (Canclini s.f. c.p. Reguillo, 2004: 5).

Tal cuestionamiento, aunque probablemente se haga más visible en los estudios culturales norteamericanos, acompañó siempre a la tradición de los Cultural Studies. A estos se les criticó recurrentemente la poca atención a los rasgos históricos y económicos que determinaban los contextos de producción cultural, y la cultura misma.

La no integración de la dimensión económica a la hora de pensar la cultura, fue una de las críticas más importantes realizadas a los Cultural Studies en los años 70. Dichos argumentos eran sustentados por los representantes de otra de las tradiciones críticas en la investigación comunicológica: la **Economía Política de Comunicación (EPC)**, entre cuyos grandes exponentes destacó el investigador Nicholas Garnham.

Todo es cultura. Quizás en esta premisa se encuentre la más grande aportación de los Cultural Studies no sólo al campo de la Comunicación, sino también a las Ciencias Sociales en general.

A la investigación comunicológica particularmente esta perspectiva legó una serie de estudios que implicaron una “vuelta al sujeto”, al “papel activo del individuo”, lo cual rompía con el pensamiento dominante de la época y ponía sobre el tapete novedosas perspectivas respecto a los temibles efectos de los medios y a los procesos de recepción y consumo. Aunque,

(...) tales aportaciones no estuvieron exentas de imprecisiones, pues al centrarse de un modo unilateral en la libertad del individuo consumidor de descodificar los programas u otros productos culturales, quedaron sin respuesta varias interrogantes sobre las articulaciones entre, por una parte, la ciudadanía y la democracia, y por otra los medios de comunicación social, o de un modo más amplio todos los dispositivos de información y comunicación (Mattelart y Neveu, s.f.: s.p.).

Las teorías críticas de la comunicación, desde Frankfurt hasta los Estudios Culturales, han ido tejiendo caminos nuevos y diversos, miradas centradas en las dimensiones social, económica, ideológica, cultural, histórica, política, mediática y tecnológica. En la articulación entre estas han estado el principal escenario de confrontación, las más trascendentes limitaciones y las mayores riquezas.

La propia constitución del campo de la comunicación lo ha conducido por los senderos de la interdisciplinariedad, cuestión que aunque muchos consideren restrictiva y poco rigurosa “científicamente” en tanto va en detrimento de la creación de un cuerpo teórico-metodológico propio, ha sido también una de las más importantes ganancias del área. La visión holística y multidimensional en el análisis sigue siendo la gran meta de los estudios comunicológicos; esta es hoy la premisa de varias tradiciones críticas como la Economía Política de la Comunicación y el llamado Paradigma Cultural Latinoamericano.

El pensamiento comunicacional de América Latina ha estado completamente marcado por las condiciones del subdesarrollo, la historia, el coloniaje y la diversidad cultural del continente con más altos índices de desigualdad en el mundo.

A finales de los años 60 y principio de los 70, décadas dominadas por las tradiciones críticas, prolifera la producción científica en comunicación desde el continente, la cual estuvo marcada por tendencias y enfoques foráneos.

La Escuela de Frankfurt resultó una de las más influyentes. El acercamiento que comenzó por la mera traducción de textos terminó con notables revisiones al legado de sus principales representantes y con la asimilación de muchos de sus presupuestos teóricos. Algunos autores identifican este período (60 y 70) como “el momento frankfurtiano” de la investigación latinoamericana. Aunque dicha aseveración ha sido en varias ocasiones relativizada, a esta etapa se asocian:

Las intervenciones críticas de diversos intelectuales en torno a temáticas tales como la manipulación ideológica, la dominación económica y cultural imperialista, la denuncia y las consignas en pro de la transformación social y la liberación incentivadas por experiencias de movilización popular y lucha colectiva (Entel, Lenarduzzi y Gersovich 1999: 13).

Los estudios sobre la cultura, tal cual apuntan varios teóricos del continente para distanciarse de los objetos y metodologías de los tradicionales Estudios Culturales, fueron y son todavía las líneas más exploradas y fructíferas. Las aportaciones en este sentido se derivan de la obra de latinoamericanos

paradigmáticos como Jesús Martín Barbero⁵, Nestor García Canclini, Valerio Fuenzalida y Guillermo Orozco.

La particularidad de la investigación en este sentido se encuentra justamente en que:

Los estudios de la cultura en América Latina, de larga tradición, se han esforzado por visibilizar y poner en discusión temas, procesos, momentos, prácticas sociohistóricas y políticas, como claves para la (auto) comprensión de las sociedades latinoamericanas en sus vínculos con el mundo y con el pensamiento metropolitano (Reguillo, 2004: 6).

Si a los Cultural Studies se les cuestionó la mayoritaria tendencia al análisis de los procesos culturales alejados de las dimensiones históricas y económicas:

Los pensadores latinoamericanos construyeron sus andamiajes teóricos desde la lógica de las intersecciones: había que entender la historia al tiempo que la economía, la dependencia al tiempo que la colaboración de las elites locales con los dominadores; había que entender lo popular residual en su intersección con los procesos de codificación de la cultura dominante” (Reguillo, 2004: 6).

Las consecuencias del neoliberalismo como modelo económico, las represiones de consecutivas dictaduras militares y las luchas políticas, fueron el contexto que marcó la investigación comunicológica en el continente, difícilmente separable del componente político.

El pensamiento crítico latinoamericano se nutrió, esencialmente, “de alguna inspiración frankfurtiana, de cierto estructuralismo marxista (Althusser), de los enfoques semiológicos y de la llamada teoría de la dependencia, proliferando las denuncias a la expansión de las transnacionales y al imperialismo cultural” (Medina, 1995: 19).

La obra del colombiano Jesús Martín Barbero permite dar cuenta de las principales aportaciones del Paradigma Cultural Latinoamericano a la investigación comunicológica: el desplazamiento del concepto de comunicación al de cultura para una comprensión de los procesos comunicativos desde las complejidades y características de las culturas en el continente, resulta una de las más importantes. En sus propias palabras, se hacía necesario:

El desplazamiento de un concepto de comunicación que sigue atrapado en la problemática de los medios, los canales y los mensajes, a un concepto de cultura en el sentido antropológico: modelos de comportamiento, gramáticas axiológicas, sistemas narrativos. Es decir, un concepto de cultura que nos permita pensar los nuevos procesos de socialización. Y cuando digo procesos de socialización me estoy refiriendo a los procesos a través de los cuales una sociedad se reproduce, esto es sus sistemas de conocimiento, sus códigos de percepción, sus códigos de valoración y de percepción simbólica de la realidad. Lo cual implica -y esto es fundamental- empezar a pensar los procesos de comunicación no desde las disciplinas, sino desde los problemas y las operaciones del intercambio social. Esto es, desde las matrices de identidad y los conflictos que articula la cultura (Barbero, 1991 c.p. Medina, 1995: 42).

En una de sus obras paradigmáticas el autor invierte la clásica mirada mediocentrista, para atender a las mediaciones que intervienen en la relación entre los públicos y los medios de comunicación. Las prácticas, la cultura

⁵ El autor es nacido en España y naturalizado en Colombia.

cotidiana, la familia y las instituciones sociales se convierten entonces en claros componentes de una mediación que reconoce todo lo que de “seducción y resistencia” contienen las relaciones medios-usuarios, la mirada se extiende “De los medios a las mediaciones”, el reto estaba en “perder el objeto para ganar el proceso” (Barbero, 1998).

“Las reflexiones de Barbero giran en torno a su concepción de lo popular. Para él, pasar de los medios a las mediaciones, de la comunicación a la cultura, de los paradigmas lineales a los análisis complejos, requiere inevitablemente, en nuestro continente, estudiar lo masivo desde lo popular” (Medina, 1995: 45).

Entiéndase lo popular como el lugar donde confluye toda la diversidad cultural, regional, política, económica, etcétera.

En los estudios críticos latinoamericanos destacan también las aportaciones de Armand y Michèle Mattelart, Antonio Pasquali, José Marques de Melo, Javier Esteinou, entre otros.

Paralelamente, la investigación latinoamericana desarrolló importantes aportaciones al estudio de las industrias culturales, fundamentalmente en lo relativo a su impacto sobre la identidad y la cultura populares. En un contexto en el que los oligopolios y las transnacionales dominaban cada vez más las empresas mediáticas este tipo de estudios fue ganando fuerza desde una mirada basada fundamentalmente en la Economía Política de la Comunicación. De hecho, uno de los rasgos más importantes de la tradición investigativa en América Latina se relaciona justamente con el predominio de los enfoques transdisciplinarios.

La crítica al sistema de la cultura de masas del capitalismo y a las relaciones entre comunicación y poder resultaron focos de interés para los autores latinoamericanos. La oposición a un tipo de comunicación hegemónica, que reproduzca las relaciones de dominación, fue desarrollada también desde la Comunicación y la Educación Popular, disciplinas que particularizan la amplia gama de estudios en el continente.

Uno de los más importantes logros del Paradigma Cultural Latinoamericano está justamente en que su producción teórica no se aisló nunca de las problemáticas de la región; el componente crítico que caracterizó a estos estudios devino arma para la lucha política y se propuso contribuir al desarrollo cultural, político y social del continente.

Economía Política de la Comunicación: entre críticas, articulaciones y dependencias.

Adam Smith y David Ricardo fueron los padres fundadores de lo que hoy conocemos como Economía Política Clásica Burguesa, la cual respaldó y analizó al modo capitalista de producción. “La Economía Política se destinaba a justificar el capitalismo naciente y los beneficios de la separación entre los campos de la política y de la economía, rama muy importante que fue de la teoría del Estado liberal, pero, representaba también un real avance del conocimiento humano sobre la realidad social del nuevo sistema” (Bolaños, 2006: 2). Las formulaciones de Smith y Ricardo terminaron propiciando el afianzamiento del poder hegemónico de la burguesía en tanto sus análisis del sistema legitimaron su ideología y desatendieron las consecuencias que para la humanidad tendría el irremediable desarrollo del capitalismo.

La obra de Karl Marx tuvo un importante sustento en el análisis de dicha Economía Política, lo cual determinó un giro sustancial tanto en este campo como en el de las ciencias sociales en general. Su análisis crítico de las leyes del modo de producción capitalista y el desentrañamiento de sus mecanismos de dominación y explotación implicaron no solo la legitimación de un paradigma científico alternativo, con novedosos métodos y propuestas teóricas para el análisis de la sociedad sino que devino denuncia del sistema y proyecto científico de transformación de la realidad que hasta hoy resulta matriz disciplinar y punto de encuentro de buena parte de las conocidas corrientes críticas en las ciencias sociales.

La Economía Política marxista es “la ciencia de las leyes que rigen la producción y el intercambio de los medios materiales de vida en la sociedad humana” (Marx y Engels, 1965: 179). Por lo tanto, asume como objeto de estudio al sistema de relaciones sociales de producción, y a las relaciones que se establecen entre los hombres en este proceso, compuesto por: producción, distribución, cambio y consumo. Tal aclaración resulta crucial para entender los presupuestos de la Economía Política, pues esta: “no trata de cosas sino de relaciones entre personas” (Marx y Engels, 1965: 386) aunque dichas relaciones vayan forzosamente ligadas a las cosas y de alguna manera revistan una forma materializada.

Desde esta perspectiva, el tipo de propiedad sobre los medios de producción determina en lo esencial los modos de actuación de dicho sistema de relaciones, cuyos componentes establecen una relación dialéctica y de interdependencia en tanto cada uno condiciona al otro y la no realización de alguno obstruye el funcionamiento del sistema.

Una de las grandes aportaciones de la Economía Política marxista está justamente en su propuesta de concepción materialista de la historia, la cual parte de la tesis de que “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general” (Marx y Engels, 1965: 386). Esta premisa tan discutida, suponía que la investigación de la sociedad debía partir de un análisis crítico que comprendiese las condiciones materiales de vida de la época que se trata (Dunker, 2002); la cual, ha resultado una de las tesis más revisitadas y cuestionadas del pensamiento marxista, recurrente en los postulados tanto de las tradiciones afines como de los críticos y sus opositores.

Los periodos que sucedieron a la etapa de reconocimiento y auge de las contribuciones científicas de Karl Marx, negaron gran parte de sus concepciones y se subsumieron en una fase de retroceso marcada primeramente por el keynesianismo, luego por la hegemonía del neoliberalismo. “Después de Marx, el campo académico de la Economía Política, jamás podría ser el mismo” (Bolaños, 2006: 3).

No obstante, en otras áreas de las Ciencias Sociales y específicamente en la investigación en Comunicación, mucho de la tradición crítica iniciada por Marx ha logrado sobrevivir a pesar del “gran tsunami postmodernista y neoliberal” (Bolaños, 2006: 3).

Los estudios en el no tan joven pero sí menos explorado campo de la Economía Política de la Comunicación (EPC) así lo demuestran. Inscrita dentro del “paraguas terminológico” de las Teorías Críticas en el campo de la Comunicación, la EPC “representa un paradigma teórico completo (no

hegemónico, por cierto), que se origina de la Crítica de la Economía Política, transversal a los distintos campos de las Ciencias Sociales y, en ese sentido, holístico” (Bolaños, 2006: 4).

Las primeras formulaciones en esta área se realizan entre los años 50 y 60. Los llamados “padres fundadores” de la EPC (Dallas Smythe, Herbert Shiller, Armand Mattelart, Graham Murdock, Nicholas Garnham, Bernard Miège entre otros...), se encargaron, a partir de sus reflexiones y debates, de construir propuestas teórico-metodológicas para la exploración diversa de sus objetos de estudio. Con la publicación de “On the Political Economy of Communications”, del canadiense Dallas Smythe, se visibiliza una de las primeras aplicaciones de la Economía Política al área de la comunicación, enfoque que quedó definido como un “estudio de los procesos económicos y las políticas de comunicación, su interrelación e influencia mutua en otras instituciones sociales” (Segovia, 2006: 8).

Finalizando la década del 60 sale a la luz un texto de Herbert Shiller “Mass Communication and American Empire”, en el que se analizaban las relaciones entre las industrias de la comunicación y el complejo militar en Estados Unidos. Llegados los 70, Graham Murdock y Peter Golding definían los intereses de la EPC a partir de una perspectiva que analizaba la comunicación y los medios masivos como mercancías producidas por la industria capitalista. Mientras, Nicholas Garnham apostaba por la investigación de los modos de producción y consumo cultural dentro de este sistema (Segovia, 2006). A finales de esta década se produjo una de las más importantes polémicas respecto al estudio de la Economía Política de la Comunicación, la cual, no solo contribuyó a la fundamentación teórica y epistemológica del campo sino que aportó novedosos referentes y objetos de estudio, además de marcar pautas importantes en la construcción de nuevos paradigmas éticos para la investigación en EPC. El debate, centrado específicamente en las aplicaciones de la teoría marxista al campo de la comunicación, se produce a partir de la publicación de un artículo de Dallas Smythe titulado *Las Comunicaciones: “Agujero Negro” del marxismo occidental* (1977) en la revista “Canadian Journal of Political and Social Theory”.

En este artículo Smythe cuestiona las posturas de las corrientes marxistas, y las de “los críticos sociales radicales” que utilizan la terminología, debido a su interpretación unilateral respecto a la importancia de los sistemas de comunicación de masas, cuestión que según el autor era apreciada únicamente por sus relaciones con la producción y reproducción de ideologías, entendiendo esta como “una suerte de invisible pegamento que mantiene unido al sistema capitalista” (Smythe, 2006: 71).

La primera pregunta que los materialistas históricos debieran formular sobre los sistemas de comunicación de masas es “*a qué función económica del capital sirven*” (Smythe, 1983: 71). Dicha tesis fundamenta gran parte de las críticas y “agujeros negros” señalados por el autor. El poco reconocimiento y análisis de la naturaleza y la relación económica de los medios resultaba un vacío imperdonable en las corrientes marxistas europeas.

Para Smythe, en la raíz de una visión marxista está la necesidad de buscar una realidad objetiva, lo que supondría una definición objetiva de la *mercancía* producida por el sistema. Uno de sus principales cuestionamientos se basa fundamentalmente en la visión burguesa e idealista sobre la mercancía

producida a través de los sistemas comunicativos; tales concepciones se expresan con las palabras “mensaje”, “información”, “imagen”, “significado”, “entretenimiento”, “orientación”, “educación” y “manipulación”, consideradas por el autor como entidades mentales subjetivas referidas a las apariencias superficiales.

En ningún lado los teóricos que adoptan esa visión global enfocan la forma de mercancía constituida por la comunicación masiva bajo un capitalismo monopólico, en el cual existen, como parásitos una serie de submercados relativos a la industria cultural, como por ejemplo, los mercados de “noticias” y “entretenimiento”. Tácitamente, esta teoría idealista de la mercancía de la comunicación parece haber sido sostenida por la mayoría de los marxistas occidentales, al igual que los teóricos burgueses” (Smythe, 2006: 73).

El principio del “agujero negro” en las corrientes marxistas occidentales parece sustentarse en una comprensión de los medios masivos de comunicación como parte de la superestructura, sin atender igualmente a un análisis de dichas instituciones desde las base económica. El autor considera esencial la investigación de los medios como reproductores de las relaciones capitalistas de producción, como creadores de audiencias devenidas mercancías que se venden a las marcas, empresas y negociantes a través de los medios y sus articulaciones con mecanismos como la publicidad.

¿Por qué los economistas marxistas han sido indiferentes al proceso histórico con el que la publicidad, la mercancía con marcas y los medios masivos de comunicación se han desarrollado dentro del capitalismo monopólico a lo largo del último siglo? ¿Por qué continúan considerando a la prensa y a los medios radiotelevisivos como si tuvieran la función primordial de producir información, entretenimiento y opinión editorial y no la de vender a los anunciantes? (Smythe, 2006: 91)

Tales interrogantes, sumadas a los ya mencionados agujeros negros de la corriente marxista en la investigación en comunicación suscitan los debates anteriormente referidos. Disímiles polémicas a las “posturas radicales” de Dallas Smythe aparecen entonces: desde las conocidas respuestas de Graham Murdock y las contra réplicas de Smythe, hasta revisiones críticas más contemporáneas como las de Cesar Bolaños.

Graham Murdock reconoce todo lo certero de los cuestionamientos de Smythe “respecto al infradesarrollo del análisis económico en el trabajo sobre cultura y comunicación en el marxismo occidental” (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006: 11)

Pero aclara que no ha sido el único en notar dichas percepciones; así reivindica la obra de Raymond Williams y sus cuestionamientos a “las versiones del marxismo que sobreestiman el papel ideológico de las comunicaciones” (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006: 12). Lo que resulta imperdonable para Smythe, es tanto para Williams como para Murdock y otros autores de Gran Bretaña y Europa “un recurso que se debe aprovechar”.

Murdock recuerda a Smythe que, tal y como este último reconoce al final de su artículo:

Los temas centrales del marxismo occidental son precisamente aquellos que no fueron suficientemente desarrollados por Marx y el marxismo clásico: la naturaleza del Estado capitalista moderno; el papel de la ideología a la hora de reproducir las relaciones de clase, la problemática posición de los intelectuales;

y la formación de la conciencia en condiciones de consumo masivo (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006: 12).

Esta idea concluye con un cuestionamiento a la manera en que Smythe da la espalda a las provechosas aportaciones y conceptualizaciones ofrecidas por el marxismo europeo, lo cual según Murdock es resultado de “una visión sobresimplificada tanto de la tradición misma como de la experiencia histórica a la que se dirige”, cuestión que se convierte en su propio agujero negro (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006: 12).

El autor menciona además tres grandes problemáticas del artículo de Smythe. La primera está relacionada con la poca atención al papel del Estado en el capitalismo contemporáneo y parte de que “la misma noción de una Economía Política materialista presupone la centralidad de las relaciones economía/Estado” (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006), lo cual, continuaba siendo objeto de debate entre los marxistas europeos, difícilmente afrontable desde una perspectiva solamente económica y ausente en el texto de Smythe.

La segunda controversia se refiere fundamentalmente a la tesis sobre las relaciones entre comunicación y publicidad, lo cual, según Murdock, lleva a Smythe a subestimar la función independiente del contenido de los medios a la hora de reproducir las ideologías dominantes. Sin dejar de reconocer todo lo que de marketing, relaciones de venta, compra y publicidad compone el funcionamiento de dichas instituciones, precisa que su razón de ser no responde de manera primordial a la venta de audiencias a los anunciantes.

“Más bien están en el negocio de vender explicaciones del orden social y de las desigualdades estructurales y canalizar las esperanzas y aspiraciones hacia objetivos legitimados. En resumen, trabajan con y a través de la ideología, vendiendo el sistema” (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006: 15).

También se señala a Smythe su análisis centrado en la prensa y la televisión, desatendiendo aquellos medios no basados en la publicidad, los cuales ya habían sido estudiados de manera novedosa por los marxistas. Aquí recuerda Murdock los trabajos de Adorno acerca de la industria musical, los análisis de Gramsci sobre literatura popular, las investigaciones de Dieter Prokop sobre cine contemporáneo, y la disección de Armand Mattelart de los cómics de Disney (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006: 17).

Smythe termina reproduciendo el error que cuestiona a los marxistas europeos, si estos solamente concibieron a los medios de comunicación como parte de la superestructura; éste parece legitimar únicamente los análisis que los comprendan desde la base económica, cuestión que para Murdock resulta imperdonable en un análisis materialista.

La tercera problemática señalada al artículo está relacionada con su tendencia a presentar como fáciles a las operaciones de los sistemas de medios. Lo cual, según Murdock, no solo resultaba paradójico si se tenían en cuenta las características de la sociedad y el funcionamiento de tales entidades en la época, sino que sorprendía desde el punto de vista teórico dado el acento del marxismo en la contradicción y la lucha.

Además de reivindicar las aportaciones de muchos de los exponentes de la corriente marxista que dirigieron la mirada a las comunicaciones, la ideología, la cultura y las relaciones de poder (Adorno, Horkheimer, Goldmann, Althusser y Raymond Williams, Lukács, Gramsci, entre otros) Murdock concluye que:

“mejor que rechazar la tradición europea de plano, necesitamos rehacerla críticamente, confrontar los problemas teóricos y las posibilidades que ofrece, elegir los conceptos e ideas que siguen siendo viables, y consignar el resto a la historia de las ideas.” (Murdock, 1978 c.p. Segovia, 2006: 21).

Ello partiendo de que para un análisis más completo de los sistemas de comunicación en las sociedades contemporáneas hay que comenzar, volver y revisar a la teoría marxista.

Los debates entre Smythe y Murdock son, sin dudas, un referente importantísimo en la tradición de estudios en Economía Política de la Comunicación. De ellos se desprenden muchos de los objetos de estudio, perspectivas de análisis y referentes teóricos de este campo en la actualidad; además de que dichas polémicas demostraron la necesidad de construir un conocimiento basado en la interdisciplinariedad, en el análisis holístico de la sociedad asumiendo la relación dialéctica y de dependencia entre las distintas estructuras sociales (tal cual el tipo de relación que según la Economía Política marxista se establece en el sistema de relaciones sociales de producción) y las interrelaciones entre economía, política, cultura, comunicación e ideología.

Los estudios sobre EPC se fueron desarrollando y diversificando según los contextos en los que se producían, de ahí que encontremos varias miradas y objetos desde una misma perspectiva analítica; rasgos comunes y diferenciales en las investigaciones europeas, latinoamericanas y norteamericanas inscritas en dicho campo.

La necesidad de elaborar una economía política de las comunicaciones surgió de las transformaciones producidas en la estructura del capitalismo y de los acuciantes problemas políticos originados por dichas transformaciones, cuyos síntomas comenzaron a expresarse en una amplia gama de relaciones gubernativas y de nuevas leyes (Murdock, 1983).

Los estudios en este sentido se concretaron y visualizaron extraordinariamente a partir de las propuestas teóricas esgrimidas en el Nuevo Orden Mundial de la Información y las Comunicaciones (NOMIC) marcadas por esa nueva mirada económico-política a las características de los procesos comunicativos actuales.

Uno de los principales objetos de estudio de la EPC desde sus inicios ha estado en la descripción de las relaciones y determinaciones que se establecen entre las estructuras económicas y los sistemas comunicativos cuestión que, desde Smythe y Murdock, devino polémica en tanto muchos autores optan por una ampliación de la mirada en este campo y otros continúan defendiendo la primera como su única y más importante premisa. Esto, según Giuseppe Richeri, resulta peligroso puesto que puede continuar reproduciendo la idea de la separación entre el nivel económico, el político y el ideológico, a la cual se hace referencia en estudios como los de Garnham.

De seguir en esta dirección, corroboraríamos las opiniones de los que sostienen que basta intervenir a nivel de la gestión de los aparatos dominantes para modificar los procesos complexivos de la comunicación; que es posible concebir un “uso distintivo” de los *mass media* sin transformar la estructura de los aparatos; que es posible cambiar los “mensajes” sin cambiar la organización en los aparatos; ni la relación entre los aparatos y los procesos en los que se manifiesta la realidad (Richeri, 1893: 17).

Los estudiosos contemporáneos de la EPC parecen afiliarse más a esa mirada amplia e inclusiva, desarrollando también investigaciones particulares, centradas en la relación de los medios con la base económica.

De manera general, se reconocen dos grandes áreas de estudios en la EPC:

La primera, centrada en la búsqueda de la naturaleza económica de los medios de comunicación y los sistemas comunicativos, y su relación con la estructura social más amplia. Y la segunda, en la observación específica de cómo la propiedad, los mecanismos de financiación (por ejemplo, la publicidad) y las políticas públicas influyen en los contenidos y el comportamiento de los medios. Esta última línea es la que se ha desarrollado más desde los años 70 (Gómez y Sánchez, s.f.: 2).

La globalización y el desarrollo acelerado de las Nuevas Tecnologías de la Información y las Comunicaciones (NTICs) propiciaron cambios significativos en el orden económico, político y cultural de las sociedades contemporáneas. En las contradicciones de la Sociedad de la Información encontró la EPC un área fértil de investigación.

En el nuevo contexto, “la distribución y ejercicio del poder social se relaciona cada vez más con los recursos e instrumentos de control de la información. La economía se volatiliza y estructura en relaciones inmateriales sus estrategias de valorización” (Sierra, 2009: 152). Los medios de comunicación progresivamente dependientes de los flujos económicos y de las decisiones financieras de las grandes transnacionales se convierten entonces en un punto clave en los estudios contemporáneos de la EPC, los cuales se han desarrollado a partir de la investigación sobre las conexiones de propiedad entre las industrias de la comunicación y el resto de las industrias; la producción simbólica y sus implicaciones culturales se vuelven ante el nuevo panorama objetos casi inagotables.

Las investigaciones de la EPC tienen como rasgo distintivo la adopción de una epistemología realista materialista, lo cual tiene su fundamento histórico tanto en la teoría marxista clásica como en “la propuesta materialista histórica del inglés E.P Thompson, al distinguir la categoría de clase social como categoría histórica, entendida de forma dinámica, es decir, no estática, lo que permite a esta categoría analítica organizar la evidencia empírica” (Gómez y Sánchez, s.f.: s.p.). Siendo consecuentes con tales argumentos, los estudiosos de la EPC se han propuesto no solo la comprensión de la realidad desde el reconocimiento de sus complejidades y su carácter histórico cambiante, sino también desde el compromiso con la investigación crítica.

Entre las temáticas más recurrentes en las investigaciones de la EPC se encuentran el estudio de las relaciones sociales, particularmente las relaciones de poder, y los procesos de producción, distribución y consumo de bienes simbólicos (Bolaño y Mastrini y Sierra, 2005).

Los medios de comunicación, “uno de los principales vehículos de producción de sentidos”, serán comprendidos por la EPC como organizaciones complejas, lugares de confluencia de múltiples profesiones, empresas enlazadas con otras empresas e instituciones (Gómez y Sánchez, s.f.: 5).

La articulación comunicación-cultura en un mismo proceso de análisis se convierte en una de las premisas de la EPC, de ahí que uno de los principales focos de investigación esté en “el estudio del desarrollo de las industrias

culturales [televisivas, cinematográficas y del vídeo, etc.]; la extensión de su rango corporativo; su mercantilización y; el cambiante rol de la intervención del Estado y los gobiernos en la producción cultural” (Golding y Murdock, 2000 c.p. Gómez y Sánchez, s.f.).

De hecho, el papel preponderante de la investigación de la cultura en la EPC se convirtió en algún momento en objeto de contradicciones en tanto algunos consideran que los estudios en esta área deben responder a una Economía Crítica de la Cultura y la Comunicación o a una Economía Política de la Comunicación y la Cultura. No obstante a las terminologías, esta cuestión figura como uno de los retos y prioridades de la EPC.

Se puede y debe hacer una economía de la cultura, pretendiendo englobar, al mismo tiempo, los ámbitos más implicados (patrimonio, cultura comunitaria y popular, artes, industrias culturales –incluida la creación publicitaria- medios de comunicación y cultura en la red) y abriendo el camino prudentemente a los ámbitos culturales de la producción en general–diseño... (Zallo, 2011: 38).

Como se ha visto, el histórico cuestionamiento a la EPC tiene en la tendencia al “economicismo” uno de los ejes fundamentales, aunque como señalan Gómez y Sánchez, las actuales investigaciones, sobre todo en las temáticas de los medios de comunicación y las industrias culturales, están inclinadas más hacia una visión afín con los Estudios Culturales, sin dejar de incluir en el análisis las dimensiones sociohistóricas y económicas. Los autores también reconocen que existe un vacío importante respecto a la “investigación empírica en la dinámica organizativa y laboral de la producción cultural, principalmente en lo que sucede en las organizaciones relacionadas con las industrias culturales” (Gómez y Sánchez s.f.: 6).

Quizá el afán de los investigadores de la EPC en la necesaria mirada holística y multidimensional haya ido en detrimento de la proliferación de estudios de los “micro” escenarios, sin desatender la premisa de las relaciones e interdependencias entre las distintas estructuras sociales.

De la agenda temática propuesta por los investigadores Rodrigo Gómez y Enrique Sánchez Ruíz para los estudios europeos se pueden leer y entrever algunas de las prioridades y limitaciones de la EPC hoy; éstas, habrá que adecuarlas a las necesidades y particularidades de los contextos en los que se desarrolle este tipo de investigación (Gómez y Sánchez, s.f.):

- Estudios histórico-estructurales sobre las Industrias Culturales y de las Telecomunicaciones;
- Debate conceptual sobre las Industrias Culturales versus Industrias Creativas/Industrias de los Derechos Copia;
- El rol de las Industrias Culturales en las economías locales, nacionales, regionales y a nivel global;
- El papel de las industrias culturales en el proceso de globalización (en su dimensión no solamente económica, sino también política y cultural).
- Pertinencia y andamiaje teórico-metodológico para construir una Economía Política de la Audiencia;
- Problematización sobre la mercantilización de los productos culturales e informacionales y sus repercusiones socioculturales;
- Análisis de los flujos internacionales de los productos culturales entre países centrales y periféricos, así como a nivel regional e interregional;

- Generación de investigación empírica que afronte la dinámica organizativa y laboral de la producción cultural, principalmente en lo que sucede en las organizaciones relacionadas con las industrias culturales, con la idea de caracterizar el trabajo creativo y advertir sus contradicciones en el contexto del capitalismo Global;
- Identificación y caracterización de las distintas formas de comunicación y de producción cultural que se presentan en los márgenes de las industrias culturales (medios comunitarios, productoras independientes, medios alternativos);
- Análisis crítico de las consecuencias sociales de las innovaciones tecnológicas, como el proceso de convergencia digital y su correlato en los procesos de concentración e integración de grupos económicos;
- Análisis de los impactos de la marketización en los sistemas comunicativos y culturales, principalmente en materia de acceso a los consumos y a la producción cultural;
- Análisis y recomendaciones de políticas de comunicación y culturales que presenten contrapesos a la lógica del libre mercado,
- Justificación y defensa de los sistemas de radiodifusión de servicio público como vectores democráticos, culturales e identitarios.

Ante las complejidades del nuevo panorama mundial las investigaciones inscritas en la Economía Política de la Comunicación no implican solamente una apuesta necesaria por el desarrollo y la construcción del pensamiento crítico, pues sus presupuestos se convierten en una nueva propuesta ética, una “ética responsable de la comunicación” (Sierra, 2009: 158) la cual debe ponerse en función del diseño de un proyecto político y social más justo.

Los análisis en esta área deben partir de que la Economía Política –la marxista- no solo fue concebida como un mecanismo de denuncia al sistema capitalista a partir de la comprensión de su funcionamiento, sino también como una propuesta científica para la transformación de la realidad. Dichos supuestos demuestran que la perspectiva desarrollada por la EPC está muy lejos de ser exclusiva del modo de producción capitalista -y esto entraría en contradicción con sus principales presupuestos teóricos-, pues en contextos en los que difícilmente podemos hablar de una comunicación determinada por la mercantilización y por los vaivenes del mercado, se hace imprescindible retomar la concepción del materialismo histórico en la investigación en Ciencias Sociales; la mirada crítica y comprometida con la realidad y la interdisciplinariedad en el estudio de los procesos de comunicación.

Solo con la aplicación del método científico de Marx, que combina el enfoque de la totalidad con la idea de la interrelación dialéctica en el seno de la estructura social, como fuente del automovimiento de ésta, es posible desentrañar la naturaleza de los vínculos entre los medios de comunicación pública, el entorno político y social en su conjunto, e integrar una teoría de la comunicación multidisciplinaria y coherente (García, 2004: 123).

La premisa del análisis del funcionamiento de los sistemas comunicativos en y como parte de una estructura compleja, atravesada por las dimensiones políticas, culturales y económicas que constituyen lo social, así como el estudio de las articulaciones ideología, comunicación y poder, resulta una perspectiva no solo válida sino también necesaria en contextos contrahegemónicos.

Los aportes de la EPC al desarrollo de un sujeto crítico y de una ciencia implicada con el cambio nutren los postulados y comprensiones sobre la transformación revolucionaria de la realidad tanto a nivel individual como social.

De este modo, el análisis de políticas públicas de comunicación, los estudios de las dinámicas internas de los medios, la construcción de los discursos, la convergencia tecnológica, y la propia recepción de comunicación y cultura, así como el debate mismo sobre los medios de comunicación en las sociedades contemporáneas, son algunas de las temáticas que, examinadas bajo el prisma de la EPC, arrojarían nuevas luces para una comprensión más integral de los procesos comunicativos.

No obstante, la producción del conocimiento como proceso social, que responde a una lógica más compleja de interdependencias y a una reconceptualización del sujeto social y de la relación teoría-práctica en la llamada "Sociedad de la Información", nos demuestra que si bien son indispensables la interdisciplinariedad, el enfoque holístico y asumir la complejidad y dialéctica entre base y superestructura; la cambiante realidad obliga constantemente a las ciencias sociales a redefinir sus métodos y formas de comprensión. Ninguna perspectiva teórica resulta completa y acabada para el estudio de la sociedad. Así como se ha ido transformado el sistema categorial de la Economía Política marxista con el desarrollo posterior de las sociedades y por lo tanto de sus ciencias, deberán seguirse enriqueciendo los presupuestos teórico-metodológicos de la EPC partiendo de las nuevas realidades y de las exigencias de contextos particulares.

Bibliografía

- Adorno, T. & Max Horkheimer. (s.f.). Dialéctica del iluminismo. Recuperado el 13 de diciembre de 2011 desde www.ddooss.org/articulos/textos/dialectica_iluminismo.pdf
- Aguaded, J. Ignacio. (s.f.). El discurso televisivo: los fundamentos semiológicos de la televisión. Recuperado el 14 de febrero de 2012 desde http://cvonline.uaeh.edu.mx/Cursos/Especialidad/TecnologiaEducativaG13/Modulo4/unidad%203s1/lec_3_el_discurso_televisivo.pdf
- Barbero, Jesús M. (1998). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. La Habana: Editorial Félix Varela.
- Barranquero, Alejandro C. (2005). Estudios de Comunicación y vigencia de la teoría crítica en España. En: *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. ISSN 1578-6730. Recuperado el 2 de marzo de 2012 desde www.ucm.es/info/nomadas/11/abarranquero.htm
- Becerra, Martín & Guillermo Mastrini. (2006). Senderos de la economía de la comunicación: un enfoque latinoamericano. En: *Cuadernos de Información y Comunicación*. Vol. II, pp. 111-128. Recuperado el 14 de febrero desde <http://www.cinelatinoamericano.org/assets/docs/Senderosdelaeconom%C3%ADadelacomunicacion.pdf>
- Bolaño, César. (2006). Tapando el agujero negro. Para una crítica de la Economía Política de la Comunicación. En: *Cuadernos de Información y Comunicación*. Vol II, pp. 47-56. Recuperado el 24 de marzo del 2012 desde <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/935/93501105.pdf>
- Bolaño, César; Guillermo Mastrini & Francisco Sierra. (2005). *Economía política, comunicación y conocimiento: una perspectiva crítica latinoamericana*. Buenos Aires: La crujía
- Carretero, Ángel. (2006). Jürgen Habermas y la Primera Teoría Crítica: Encuentros y Desencuentros. En: *Cinta de Moebio*. No. 027, pp. 11-26. Recuperado el 22 de enero de 2012 desde redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=10102702
- Dunker, Franz. (2002). *F. Engels: Carlos Marx. Contribución a la crítica de la economía política*. Recuperado el 1 de marzo de 2012 desde <http://www.ucm.es/info/bas/es/marx-eng/oe1/mrxoe116.htm>
- Entel, A.; Víctor Lenarduzzi & Diego Gerzovich. (1999). *La Escuela de Frankfurt en América Latina*. Recuperado el 12 de enero de 2012 desde <http://es.scribd.com/doc/35522883/La-escuela-de-Frankfurt-en-America-Latina>
- Fernández, Sergio P. (s.f.). *Habermas y la Teoría Crítica de la Sociedad. Legado y Diferencias en Teoría de la Comunicación*. Recuperado el 2 de enero de 2012 desde http://www.infoamerica.org/documentos_pdf/habermas01.pdf
- García L., Julio. (2004). *La regulación de la prensa en Cuba: referentes morales y deontológicos*. (Tesis doctoral). Universidad de la Habana, Cuba.
- Gómez, Rodrigo & Enrique E. Sánchez. (s.f.). La Economía Política de la Comunicación y la Cultura. Tradiciones y conceptos. En: *Portal de la Comunicación*. Recuperado el 9 de febrero de 2012 desde http://portalcomunicacion.com/lecciones_det.asp?lng=esp&id=62

- Habermas, J. (1989). *Teoría y acción comunicativa. Complementos y estudios previos*. Madrid: Cátedra.
- Horkheimer, Max. (2008). Teoría tradicional y teoría crítica. Recuperado el 15 de enero de 2012 desde <http://www.unimep.br/phpg/editora/revistaspdf/imp29art08.pdf>
- Jokisch, Rodrigo. (2001). La escuela de Frankfurt y la "Teoría Crítica". Apuntes metodológicos. En: *UNAM*. No. 33, pp.11-24. Recuperado el 10 de enero de 2012 desde www.archivochile.com/Ideas_Autores/esc:frankf_s/esc_frankf_sobre0006.pdf
- Mangone, Carlos; Silvia Méndez & Mariano Mestman. (1994). Entrevista a Héctor Schmucler. *Estudios de Comunicación en América Latina: del desarrollo a la recepción*. Recuperado el 28 de enero de 2012 desde <http://es.scribd.com/doc/52031306/Schmucler-Estrevista-en-Causas-y-Azares-1994>
- Marx, Carlos & Federico Engels. (1965). *Obras escogidas en dos tomos*. Tomo I. Moscú: Editorial Progreso.
- Mattelart, A. & Erik Neveu. (s.f.). *La institucionalización de los estudios de la comunicación. Historias de los Cultural Studies*. Recuperado el 11 de febrero de 2012 desde <http://www.periodismo.uchile.cl/talleres/teoriacomunicacion/archivos/institucionalizacion.htm>
- Medina, Ileana. (1995). *Desde el otro lado: Una aproximación teórica a los estudios latinoamericanos sobre la recepción de la comunicación de masas*. (Tesis de Licenciatura). Universidad de la Habana, Cuba.
- Murciano, M. (1995). *Estructura y dinámica de la comunicación internacional*. Barcelona: Bosh
- Murdock, Graham. (1983). Las transmisiones y la diversidad cultural. En: *La televisión: entre el servicio público y el negocio. Estudios sobre la transformación televisiva en Europa Occidental*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili, S.A.
- _____ (2006). Los agujeros negros del marxismo occidental: Respuesta a Dallas Smythe. En: *Cuadernos de Información y Comunicación*. Vol II, pp. 11-22. Recuperado el 27 de abril de 2012 desde <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/935/93501102.pdf>
- Narváez, Carlos M. (2004). Adorno. Teoría Crítica y dialéctica negativa. En: www.quedelibros.com. Recuperado el 14 de enero de 2012 desde www.feeye.uncu.edu.ar/web/epistemologia/Documentos/Teoria_critica_y_dialectica_negativa_Adorno.pdf
- Reguillo, Rossana. (2004). Los estudios culturales. El mapa incómodo de un relato inconcluso. En: *Portal de la Comunicación*. Recuperado el 12 de febrero de 2012 desde <http://www.portalcomunicacion.com/download/16.pdf>
- Segovia, Ana I. (2006). Presentación. Cincuenta años de Economía Política de la Comunicación. En: *Cuadernos de Información y Comunicación*. Vol II, pp. 7-10. Recuperado el 24 de abril de 2012 desde <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/935/93501101.pdf>

- Sierra, Francisco. (2009). Economía política de la comunicación y teoría crítica. Apuntes y tendencias. En: *Revista Científica de Información y Comunicación*. No. 6, pp. 149-171. Universidad de Sevilla.
- Smythe, Dallas W. (2006). Réplica a Graham Murdock. En: *Cuadernos de Información y Comunicación*. Vol. 2, pp. 23-30. Recuperado el 27 de abril de 2012 desde <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/935/93501103.pdf>
- Zallo, Ramón. (2011). Retos actuales de la economía crítica de la comunicación y la cultura. En: *Poder, medios, cultura. Una mirada crítica desde la economía política de la comunicación*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Zamora, José A. (). *La cultura como industria de consumo*. Recuperado el 25 de febrero de 2012 desde www.fespinal.com/espinal/itf/llibitf/itf38.rtf